

La Hoja Casbantina

Enseñar á los labriegos el modo de alcanzar mayor bienestar y desahogo constituye uno de nuestros principales deberes:—(MALCNOTI).

AÑO XVI

Casbas 30 de Junio de 1923

NUM. 220

El asesinato de su Eminencia el Cardenal

Cuando este número llegue a manos de nuestros socios no habrá ni uno que no esté sabedor de tan triste suceso, acaecido en Zaragoza el lunes 4 de los corrientes, de la manera más villana que el odio sabe fraguar. Todo el mundo pregunta por qué se ha perpetrado este crimen y nadie sabe dar contestación satisfactoria.

Sea cual sea, revela un estado de descomposición social tan próximo al fin, que dificultamos pueda impedirse, aún poniendo de su parte los que rigen la nación todo su empeño con urgencia y heroísmo.

Y nada de esto se hará; estamos ciertos. Hay miedo en exponerse a las iras de los pistoleros; como si la transigencia y hasta el alejamiento de las luchas sociales fuera un medic para poder dormir tranquilos!

Este es el gran mal de nuestros días. El de hurtar el cuerpo todo lo imposible a las venganzas de una represión justa y necesaria, dejando que la impunidad de los crímenes aumente la confianza de las bandas asalariadas y desalmadas, capaces de llegar a hechos de esta índole.

La sociedad española está indefensa por la pasividad, por el miedo de los que mandan y que sostiene el brazo firme de los criminales a los que mil veces exceden en responsabilidad, porque son ellos con sus blanduras los que alimentan la orda de salvajes conocidos, que tranquilamente pasean nuestras calles y de cuyas ensangrentadas manos no escaparán en un día no lejano. El domador muere siempre en las garras de la fiera.

Si Su Eminencia nos pareció siempre grande por sus talentos, por su celo, por su tacto exquisito, sube de punto en nuestro ánimo su grandeza por la energía demostrada hasta el último momento.

No ignoraba, no, que era objeto de censuras por ciertos sectores de la opinión, dada la entereza de su proceder. No desconocía que algo grave se tramaba contra él. Había recibido, según se dice, anónimos para amedrentarle, que él despreció sin modificar un ápice su norma de vida. Otro hombre de menos temple no teniendo necesidad de salir de su Palacio, permaneciera en él, dejando que poco a poco amaine la borrasca levantada. Por lo menos toma todas las precauciones y los agentes de vigilancia, más o menos vigilantes, que no se le hubieran negado y hasta una cuadrilla de fieles y secretos voluntarios, que a centenares hubieran protegido su

vida amenazada, hubiese impedido un crimen tan alevoso.

Pero pretender amedrentar el corazón, que si anciano por los años conserva todos los arrestos de la juventud en Su Eminencia, era una necedad. Los hechos son la prueba evidente.

Ha caído como caen los héroes: sin temores, sin vacilaciones, dando el pecho al enemigo. Si era grande bajo todos conceptos, especialmente por su intervención en las organizaciones sociales, hoy llega a la cumbre, donde pocos llegan: al martirio por su entereza en la defensa de la fe del principio de autoridad, de las obras sociales, de la dirección suprema de la Patria, que llora la pérdida de uno de sus grandes adalides.

Ha dado la impiedad un golpe en falso. A la sacudida violenta producida por la descarga del odio sobre ese eminentísimo cedro del Líbano, ha sucedido no el aplanamiento y el terror en la masa católica, sino la reacción odiosa hasta el punto, que sino puso veto al Ministro para asistir a los funerales, fué necesaria toda la influencia social de los hombres de prestigio en dicha ciudad, a fin de evitar una bronca que de seguro se lleva, sino otra cosa mayor, de la indignada, decidida y noble Zaragoza.

Corre el rumor de que otros han sido amenazados por anónimos. Inútil de todo en todo: no pierdan el tiempo y hagan más decidida, si cabe, la actuación de los directores de la masa católica. Muy bien lo ha dicho el Excmo. Sr. Obispo de Madrid en el Senado:

«Este crimen es ineficaz e inútil. Si los asesinos creen que por haber muerto al Cardenal Soldevila atemorizan al episcopado español en el cumplimiento de su deber, se equivocan, pues los prelados españoles aprendieron desde el divino fundador de la Iglesia a morir por la etc.»

No dudamos que a los hombres de alma entera, cual suele suceder, esas coacciones por el miedo habrán puesto más en tensión su ánimo decidido y morirán en la brecha si se empeña la desmandada impiedad, pero no retrocederán ni un paso porque llueva plomo en todos los sentidos.

Presentía la muerte: unas dos semanas antes de ese aciago día volvió a recordar al capellán de la Virgen del Pilar que deseaba ser sepultado al pie del grupo de las banderas americanas presididas por la española, allí clavadas; pero su ánimo sereno no lo turbaron los relámpagos siniestros que serpenteaban su cabeza días antes.

Su última lección, su lección de entereza, queda grabada en todo pecho noble; que no hemos recibido la vida para guardarla con villanía, sino para darla con nobleza, si Dios la pide en defensa de un ideal sublime.

No España, sino el mundo entero, ha protestado contra tan bárbara acción.

También esta villa dejó consignada su amargura, pues en *El Noticiero* del sábado, 9 de los corrientes, plana tercera, se leen estas palabras:

«Casbas de Huesca.—Recibida noticia fallecimiento Eminentísimo Cardenal, en el acto doblaron siete campanas espacio una hora.

Hoy, 6, Comunión general anunciada anoche Párroco: gran asistencia. Sábado próximo oficio de difuntos interviniendo canto Salmos y Misa Hijas de María y pueblo.

Profundo sentimiento villa y Real Monasterio: protesta cuarenta y tres pueblos agrupados a este Sindicato, por brutal atentado defensor Agricultura, consecutor Altos Riegos, protector incesante pobre.—*J. Avellanas, Párroco*»

En efecto; el día 9, a las ocho de la mañana, invitadas oficialmente todas las Autoridades de esta villa, el Sindicato Agrícola y las Congregaciones religiosas, concurrieron a la Iglesia parroquial donde estaba levantado el túmulo con las insignias cardenalicias y profusión de luces.

Era a la par todo este luctuoso aparato tributo de amor al finado y protesta viril contra tal sacrilegio. Casbas, sin esperar un punto, cumplió lo mejor que supo su deber. Cumplamos todos el nuestro rogando a Dios por si necesita y pidiendo abra los ojos a los criminales de uno y otro género, y dé fortaleza a todos para cumplir cada cual su misión por ardua que resulte, único medio de que no sea presa de las últimas contorsiones esta España digna de toda lástima.

J. AVELLANAS.

DE APICULTURA

En continuación de nuestro escrito anterior hemos de manifestar que la abeja según la estación en que se observe la colmena y principalmente después del medio día, podremos ver unas mayores que otras, pero que no tienen la misma actividad y parece como si salieran de casa simplemente para pasear y cuando regresan no caen pesadamente sobre el tablero de la colmena, introduciéndose sin apresurarse en ella; nunca veremos que esas grandes abejas trasportan material, no trabajan ni visitan las flores, y es que son las abejas machos o zánganos.

Las llamadas obreras puede verse en el abdomen de ellas que en los seis anillos resistentes unos encima de otros son ligeramente movidos y en su parte por debajo se ve salir en muchas ocasiones una especie de grasilla que se endurece y forma láminas muy delgadas que es la cera, la cual les sirve para fabricar los panales; en el extremo posterior del abdomen se encuentra el aguijón con el que la abeja se defiende y puede causar y cansa fuerte picada en la que introduce su veneno. De este medio de defensa carece el zángano, el cual se limita a meter ruido, y por esto y por su mayor tamaño y no tener ahuecadas sus patas traseras se distingue de las demás abejas y por ser más peludos que ellas. La abeja madre que por unos es llamada así y creo están en lo firme, mejor que llamarla Rey o Reina, es en el orden, funcionamien-

to y vida de una colmena o de enjambre indispensable saber que existe en medio de la colonia una abeja particular que hasta de ahora no hemos hablado. Esta abeja es la que de por sí sola pone todos los huevos de la familia; por eso se la designa con los nombres que antes decimos. El colmenero, que así vulgarmente es conocido y llamado, por más que sea más bonito decirle apicultor, si éste es bastante experimentado sabrá encontrar la madre en cualquier colmena viéndola rodeada de un grupo de abejas que le hacen la corte o guardia; es mayor que las otras y sobre todo más larga, parecida a una avispa y sus alas son relativamente más cortas, siendo su cuerpo de un rojo más claro y luciente y de color amarillento; tiene un zumbidillo casi imperceptible y delgado que parece decir suavemente tic, tic... muy fino, y cuando es vieja, se vuelve casi por completo negruzca; usa raras veces de su aguijón, pudiéndose coger y tener en la mano sin que pique, no hace ningún trabajo y es la más respetada por toda la población.

Descrito el personal de esta pequeña república, podrán ver los aficionados que sólo existen tres clases de cargos o empleos: primero, la madre ponedora; segundo, una gran cantidad de obreras cuyo número podrá depender de la fuerza de la colmena, y tercero, un número mucho menor de zánganos y que también ha de tenerse en cuenta que las llamadas obreras hacen de guardianas, pecedoras, aseadoras y ventiladoras, es decir que una misma abeja puede ejecutar y desempeñar los diversos trabajos de la colmena o habitación. La caebra o corta de ella debe tener lugar, en la parte sur de nuestra provincia, durante la primera decena de Febrero, y en la parte norte, en la segunda de Marzo, cuidando en aquélla no atacar los panales que ya seguramente tendrán nuevo pollo; también llevará en cuenta dejar cada año y en lado distinto en el horno algo de fuerza en el panal, terminando su corte en lado opuesto al hecho el año anterior. El castrador, después de tener el horno o colmena debidamente ahumada con boñaga de toro, y no con trapos de algodón en trenza como se hace en algunos lados, porque tal procedimiento es dañoso para ellas, debe ir con serenidad y prudencia en el corte revestido de una blusa, sombrero ancho blanco, si puede ser de paja, con unos guantes sujetos a la blusa con un trozo de liza, así como el pantalón junto a la bota, zapato o alpargata cerrada, una careta o manto de gasa, llevando a prevención algún ajo desnudo y facturado para en caso de alguna picada frotar ésta con aquél después de quitado el aguijón y aquí está todo sin miedo a nada. Tendrán presentes vasijas donde poner el panal cortado con miel y el otro que tenga cera con preparación de agua y una pequeña escobilla de paja para limpiar dentro del horno las abejas que se vienen detrás. Deberá ir provisto de la llamada rasera que después de tener 60 centímetros de larga acaba con una plancheta con cortes por ambos lados y un pequeño gancho al final a modo de un número 5; un cuchillo ordinario algo largo para seccionar el panal si es grande y evitar se rompa, tomándolo todo junto con una pala en forma de teja ordinaria, donde descansará y evitar su hueco la muerte de las abejas hasta que se lleva a la vasija destinada al efecto. También ha de procurarse no hacer cortes por donde sólo haya celdillas hechas de nueva obra, y por el contrario conviene hacer-

los en los panales que aparece negruzca la cerá, y según sea el año y estado de la familia, convenría hacerlo al careo así llamado pero con mucho cuidado, porque en el origen del panal está entonces la madre y se puede matar la colmena.

Aquí me planto por hoy, para terminar con esto y sacar de miel y cera.

GUIRLES IBÁÑEZ.

Lo que haría si en mi campo hubiera langosta

(CONCLUSIÓN)

Siendo de difícil destrucción este insecto, principalmente por su gran número, debe emplearse para defenderse de él desde la roturación del terreno cuando está en forma de canuto, hasta el envenenamiento en la forma de voladera.

Si existiese organización en la provincia, seguiría exactamente lo que el comité o jefatura agronómica acordarán, haciéndolo sin rodeos ni vacilaciones, aún que viera yo que no es el procedimiento mejor a seguir. Sino lo hiciera como se me mandaba daría un mal ejemplo y sería mal visto de mis vecinos.

Si la organización no existiera principiaría a fines de Agosto o en Septiembre, según las comarcas, a escarificar, dando a mis campos dos pasadas cruzadas, para que se rompieran el mayor número de canutos. Aunque tengo pocos cerdos los echaría por el campo para que se los comieran, pues, para ellos es una golosina, teniendo cuidado un mes antes de matarlos, de darles maíz, pues, de lo contrario, la carne toma mal gusto debido al canuto.

Al llegar los buenos días, ya tendría en mi poder todos insecticidas y pulverizadores, estos últimos probados y con el personal ya práctico en su manejo. Al aparecer una pequeña mancha de mosquito prepararía una solución arsenical, por ejemplo el *Langosticida Cooper*, llenaría mis pulverizadores y hacia el sitio de la mancha me dirigiría.

Con dos o tres operadores principiaría pulverizando la mancha, desde su periferia hacia el centro, procurando hacerlo suavemente y esparciendo poco líquido. La hora más propicia para esta operación es la primera hora de la mañana, cuando el mosquito está aún atontado. Esta pulverización la repetiría en días sucesivos, puesto que no todos los huevos nacen en un mismo día, lo que previamente habría comunicado a mi gente, para que no se figuraran que no daba resultado el procedimiento, y que si aparecían de nuevo no era porque no las mató el líquido, sino porque vuelven a nacer otros, los canutos retrasados.

Cuando las manchas se escampan o dilatan porque crece el insecto, emplearía el procedimiento de la trocha, no para quemar la langosta luego de agrupada, sino para pulverizarla y ahorrar líquido.

Si tuviera la desgracia de ver que la langosta de

los vecinos, echando el vuelo viene a mis campos, no emplearía ni humos ni fanfarras para ahuyentarlas, pues siempre tengo presente el refrán de «lo que no quieras para ti no lo desees para los demás». Prepararía entonces lo que se llama el *cebo envenenado*, que no es más que salvado, agua y un producto venenoso y atrayente de la langosta, por ejemplo, el *Creed* del Canadá o el español *Acridinol*, mezclado íntimamente y echado a voleo al despuntar el alba sobre el terreno en que se ha posado la langosta y en los que se deduzca que recorrerá. Debe tenerse cuidado de no molestar mucho a la langosta para que no levante el vuelo.

El efecto del *cebo envenenado* no es visible en el mismo punto donde se esparció éste, pues como el insecto no siente sus efectos hasta al cabo de 48 horas, ésta es la razón del por qué no puede comprobarse sus efectos, por razón de que durante este tiempo ha volado varios kilómetros. Como mi gente ya estaría advertida, no le causaría ninguna desilusión al no ver la langosta muerta.

Todas estas disposiciones tomaría yo, y aún añadiría una docena de misas a Santa Rita, patrona de los imposibles, como decía jocosamente entre un grupo de amigos, un viejo y sabio ingeniero que forma parte de la Comisión inter-provincial para la defensa contra la langosta, queriendo indicar con ello que tiene de echar mano el agricultor de todos medios que estén a su alcance, lo mismo divinos que humanos, y éstos ya sean físicos, químicos o biológicos.

Esta es, pues, mi opinión, caro lector, y me parece que no voy nada desencaminado al exponer mi plan de campaña, pues, a la postre no es mía la idea, es producto de una selección de procedimientos que he presenciado y experimentado en mis visitas por las regiones atacadas. Adopta mi proceder y no estarás descontento del todo.

JOSE M. DE GUILLEN GARCIA,

Delegado asesor en el Comité oficial inter-provincial contra la langosta

Una lección de Historia

LECCION LXXXVI

Hijos célebres de Casbas en la segunda mitad del siglo XVII

D. Manuel Cebollero.—Nació en Casbas el 8 de Noviembre de 1649, siendo hijo de José e Isabel Viñuales. Continuó la línea hasta Francisco, casado con Luisa Ferrer y muerto el 1762. Ana, su hija, había enlazado con Martín Sánchez, muriendo ésta el 1795; sus bienes, en parte, recayeron en su hija Ana, casada con D. Joaquín Alamán Roche, terminando el apellido en sus poseedores. El dicho Manuel, fué un célebre alarife en Zaragoza; y cuando en 1687 se reedificó la Ermita de San José (la primera se alzó el 1551) vino reclamado por toda la villa, trazó el plano y dirigió personalmente la obra hasta su terminación. Su casa está en la calle de Medio y después de pertenecer a los anteriormente dichos, hoy es de María Cebollero Clavería, esposa de D. Tomás Estaún Allué.

* *

Doctor D. Bartolomé Azlor. Nació en Casbas el 9 de Abril del 1652. Fué hijo de D. Domingo Azlor y doña María Urraca. Se dedicó a la carrera eclesiástica, obteniendo el grado de Doctor. El Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Huesca, D. Ramón de Azlor, su deudo, (1677-1685) le nombró Mayordomo de su palacio. Y vacante la rectoría de Junzano vino a ella, que era venir a su casa, pues dista este pueblo de Casbas una escasa media hora. Desempeñó el cargo de Procurador del Conde de Guara, arreglando muchos asuntos y evitando litigios siempre molestos. Vacante una Prebenda en Huesca, fué nombrado Canónigo de dicha Catedral. En el testamento hecho por su padre en Casbas el 21 de Enero del 1705 le nombró su heredero. Aquí pasaba muchas temporadas y aquí murió el 18 de Octubre del 1710. Su madre había muerto el 1669 y al parecer su padre contrajo nuevas nupcias con Isabel Solana de Salas, que murió en 1713, quedando extinguida la rama de los de la casa de Azlor de Casbas, donde había nacido este señor, y pasando los bienes a la casa llamada de Ram, por el matrimonio de Manuela Borruel Ram con Domingo Azlor Solana, padre de otros hijos célebres, hoy llamada casa del Cabalero.

1666.—Mosén Pedro Alamán.—La familia de los Alamán es una de las más antiguas y nobles de esta villa. Los primeros Alamán que hemos encontrado viviendo en esta localidad fueron los descendientes de Alamán de Arbaniés, Notario de Casbas y de todo su *honor* ya el 1378. Debió afeminarse aquí el tal apellido, enlazando con los Sanz, pues encontramos en 1526 a Juan de Arbaniés, *alias* Alamán, casado con Isabel Sanz, que murió en dicho año, siendo su nieto el Párroco de esta villa mosén Pedro Sanz. En dicha fecha ya actuaba de Notario en esta villa Juan Sanz, cuya hija casó con otro Notario, Jerónimo Tomás, y sin sucesión masculina; éste al parecer también casó a su hija Juana con otro Notario, Ram; la cual Juana hizo su testamento en 1599. En esta fecha, si bien los Ram continuaron de Notarios en Casbas durante mucho tiempo, ya los Alamán habían vuelto a entroncar en Casbas con los Pérez, pues en 1594 está la partida de un Alamán, hijo de Pedro e Isabel Pérez. Tenemos indicios para suponer que el tal Pedro, quien volvió a lucir su escudo en Casbas, era natural de Sesa.

Descendiente de éste fué Martín Alamán, el cual casó con Josefa López, teniendo entre otro en 28 de Junio del 1666 al que más tarde fué mosén Pedro. Terminados los estudios se graduó de Licenciado en Teología, siendo nombrado Párroco de la importante villa de Grañén.

Al morir su padre, en el testamento hecho el 1702 le dejó como tal Párroco de Grañén ejecutor testamentario juntamente con el Dr. D. Bartolomé Azlor, que era Párroco de Junzano, hijo de esta villa. En 1714 cedió sus bienes de Casbas a su sobrino José y por documentos de su casa natal sabemos que vivía allí el 1724. No tenemos más datos de importancia acerca de este señor.

Licenciado D. Juan La Bastida —Nació en Casbas el 17 de Diciembre del 1667. Era hijo de Juan y Magdalena Gascón. Su padre había contraído antes matrimonio en Casbas el 11 de Agosto del 1657

con Isabel Barrieras. Consta que él era natural de Lubre, obispado dice de Ahuloron (Francia); ella, la Isabel murió en Casbas el 24 de Octubre del 1663 y por su testamento consta que dejaba dos hijos: José y María La Bastida. Viudo, pues, casó con la Gascón antes del 1665, en que aparece bautizada una hermana del dicho La Bastida Gascón. Siguió la carrera eclesiástica, obteniendo el grado de Licenciado en Sagrada Teología, y siendo después propuesto y ejerciendo muchos años de Párroco en Blecua, a las puertas, digámoslo así, de su casa natal. Está muerto su padre en 27 de Agosto del 1708, pasó quizá por compra, pues toda la familia desaparece de Casbas a los Cutié enlazados, después con los Galindo y éstos con los Pejón, de cuya casa es nacido el actual Párroco de Torres de Barbués, don Paulino Pejón y Miguel.

El Doctor D. Blas Abadías.—Los Abadías son antiguos en Casbas. Era esta una familia de sogueros, y Juan y Ana Albertí en 1602 tuvieron entre otros a Sebastián, que casado con Marja Salillas fueron los padres de Blas y Sebastián. Ambos, al quedar sin padres, se partieron los bienes. Blas quedó con lo de Casbas de parte paternal y el otro con los bienes de su madre de Castilsabás.

Blas casó en Casbas el 15 de Febrero del 1661 con Antonia Cebollero, siendo el padre del Doctor Blas Abadías Cebollero, nació aquí el 10 de Febrero del 1670.

Por su especial ingenio, fué dedicado a las letras y en ellas hizo tales progresos que mereció la borla de Doctor en Sagrada Teología y ser agraciado con la Parroquia de Igriés, perteneciente al Cabildo Catedral. En 1702 vino entre otras veces a su casa natal con objeto de casar a su hermano José con Gracia Bentué López Pedruelo, la cual sólo vivió diez años. El 1692. Blas, su padre, había muerto en Bierge y trasladado a Casbas el 21 de Noviembre; vivió aquí su viuda hasta el 1717, en que desaparece esta familia. Otra rama, la de Josefa Abadías, casada con Matías Sarvisé, se acabó el 1733 con la muerte de ésta sin sucesión.

La casa donde nació dicho Doctor parece ser la llamada hoy de Serreta, con las inmediatas, pues allí tenían el obrador los sogueros, por lo cual a la calle antes sin salida de la herrería se le llamaba el Callizo de los sogueros o de la Ferrería. Ignoramos cuándo murió.

Licenciado D. Manuel Almudévar.—La noble y antiquísima familia de los Almudévar de Sieso se ramificó como era natural en esta tan próxima villa de Casbas, donde de muy atrás estaba la casa de Almudévar en la calle de los Huertos y de ella fué descendiente Manuel Almudévar Pejón, hijo de Francisco y Josefa, nacido el 25 de Diciembre de 1670.

Estudió la carrera eclesiástica, se Licenció en Sagrada Teología y fué nombrado Rector de Arcusa.

A esa misma casa pertenece el actual Cura Párroco de Robres don Mariano Carilla Bescós, otro de los sacerdotes que honran esta villa.

X.